



Siga perdiendo
el tiempo con
Noel Clarasó

AL MOMIGOTE DE PAPEL

Se reúnen en *Siga perdiendo el tiempo con Noel Clarasó*, cincuenta y cuatro cuentos de este escritor, afortunado descubridor de la fórmula de hacer aprovechable y divertido el tiempo de sus lectores, sin que éstos jamás experimenten la más ligera sensación de fatiga. En estas cincuenta y cuatro historietas, el genio prolijo y multifacético de Noel Clarasó se nos muestra, para emplear un término típicamente deportivo, en su mejor forma. Su humorismo incisivo, su ironía sinuosa, sus paradojas malabares e inventiva inagotable se combinan en estas páginas con tan feliz sincronización, que el lector de *Siga perdiendo el tiempo con Noel Clarasó* llegará a la conclusión de que no ha desperdiciado tanto el tiempo como el título sugiere.

Índice de contenido

Cubierta

Siga perdiendo el tiempo con Noel Clarasó

Cuando amanezca que será de día

Cuando amanezca que sera de día

La señorita de la vitrina

Una conversación con una señora inoportuna

Las memorias de un hombre que no tenía memoria

I

II

La carretera, solución económica y social

Aprendamos a divertirnos de una manera inconfesable

El vecino ideal

El profesor de natación

Un error de prensa

El anillo de boda y otras costumbres

El paraguas y el bastón

Un drama de familia

El caso extraordinario del abogado don Enrique

El hombre pararrayos

Todo es empezar

La voz

Temas de conversación para los novios

Consejos a los enemigos del tabaco

Los árboles que no se conocen por el fruto

Los árboles que no se conocen por el fruto

El pesimista

La vitamina X

Señorito, el chocolate

La distracción de un sabio

Los grandes efectos de las pequeñas causas

Balada de carnaval

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

El milagro de San Antón

Recuerdos de juventud en agua caliente

El pobrecito Melquíades

Cada cual manda en su casa

Un caso sin precedentes

El arte de escribir dos cartas

El hijo de la noche

Puntualidad

El sombrero de paja

Historia de un libro

El abrigo de pieles

El agua del mar es salada
El agua del mar es salada
Diario de una profesora de piano
Escuela de enfermos crónicos
Fin de semana
El amigo del hombre
El retrato de la señora Vidal
Cómo se construyen las ciudades en Norteamérica y en
Barcelona
K.O. técnico
Medio siglo en una peña
Naranjas
La nueva técnica del interrogatorio judicial
El pobre Augusto
Las vacas de Fonollardeabajo
La influencia de Londres en Anamaría
El calvario del funcionario probo
La primera noche
Un consejo de don Juan puesto en práctica por don Eulam-
pio
Se recibe a un sablista todos los días
Contribución a la biografía de mi agente de publicidad
Diario de asuntos matrimoniales

Sobre el autor

En este volumen se han reunido tres libros de Noel Clarasó que habían sido primitivamente bautizados con los siguientes títulos:

Cuando amanezca que será de día.
Los árboles que no se conocen por el fruto.
El agua del mar es salada.

La fusión de tres textos originales en un solo volumen ha dado lugar a la división del mismo en tres partes, cada una de las cuales ha conservado como subtítulo uno de los tres títulos primitivos. Si al lector le parece bien así, estará de acuerdo, en principio, con el autor y con el editor. Si no le parece bien y sugiere otra solución más armónica, será debidamente atendido en la segunda edición.

El autor y el editor, al reunir tres libros en uno solo, han tenido en cuenta, principalmente, la comodidad del lector, del que son atentos y seguros servidores. Y si no han reunido en un solo volumen todas las obras del señor Clarasó ha sido únicamente porque este autor se encuentra todavía en plena producción. Y tanto él como el editor habrían considerado un atrevimiento imperdonable incluir en un volumen algunas obras, fuere cual fuere su mérito, que aún no han sido escritas.

Barcelona, marzo 1947.

CUANDO AMANEZCA QUE SERÁ DE DÍA

La conducta del hombre sobre la tierra obedece, en la mayoría de los casos, a las mismas leyes misteriosas que regulan las reacciones químicas de su organismo. Estas leyes son independientes de las matemáticas y de la lógica, y por mucho que nos esforcemos no lograremos, los escritores, trazar un cuadro real y completo de la inconsecuencia humana.

CUANDO AMANEZCA QUE SERA DE DÍA

«El nombre de un libro no ha de tener forzosamente una relación inmediata con su contenido. Tampoco el nombre de las personas la tiene con el carácter de las mismas. Un señor puede llamarse *benigno* y ser *maligno*, una mujer llamarse inocencia y saber más que una comadrona. La literatura fue siempre fiel reflejo de la vida y llamó Quo Vadis a una novela que describe la mala costumbre romana de matar cristianos, Gog a un libro en el que de todo se habla, menos de Gog, Los Tres Mosqueteros al relato de las aventuras de cuatro mosqueteros y Rebeca y Dafne Adeane a dos novelas en ninguna de las cuales interviene Rebeca ni Dafne Adeane».

«Sólo en las biografías el nombre del libro acostumbra a coincidir con el nombre del protagonista: Torcuato Tasso, Luis Candelas, El Conejo Doméstico».

MADRID 1923. ¡CÓMO PASA EL TIEMPO!

Plaza del Cascorro, Ribera de Curtidores y hasta la Ronda de Toledo: el Rastro. Se podía ir a comprar y a vender. Iban a vender los que necesitaban dinero para pasar el día y a comprar los que necesitaban, sólo Dios sabe para qué, uno de aquellos chismes derrotados y enjutos al que cinco o seis propietarios anteriores habían extraído el jugo. Lo único difícil para un objeto cualquiera es desaparecer.

Prenderías, ropavejeros, bodegas, almonedas, trapos, muebles viejos, puertas y ventanas, muebles viejos, muebles viejos, muebles viejos. ¡La cantidad de muebles que perfuman el amor de varias existencias en menos tiempo del que tienen de duración!

Bar Cascorro, bar de la Isla de Cuba, bar de la Ribera. En uno de ellos la conocí; no recuerdo en cuál. Y luego, de la plaza del Cascorro a la plaza de la Cebada, por la calle de las Maldonadas o la de la Ruda, cruzando siempre en el ir y el venir, la famosa calle de Toledo, porque ella, la Palo, vivía en la plaza de la Cebada, frente al teatro.

Y yo, que soy cumplido, la recogía en el bar de nuestros amores y la conducía a su casa.

Se llamaba María de la Paloma y le decían la Palo. Tan castiza era, que hasta dormía con el pañolón y andaba sin mover los pies. Y más chula era, ella lo decía por si no saltaba a la vista, que un sesenta y cuatro, que es el producto de dos ochos multiplicados. (El ocho es el número chulo por excelencia, no le dé usted vueltas y si se las da no logrará usted marearlo. ¡Amos!).

La conocí en un bar, uno de los tres. Fue mi novia. Luego la conoció otro y ella, generosa de sí misma, le cedió la vez.

La Palo me enseñó a bailar el chotis, que luego no me ha servido para nada, y a usar frases castizas cuyo sentido jamás llegué a penetrar, ni supe usar jamás a su debido tiempo, cosa que me ha servido para bautizar este libro.

La Palo era capaz de hablar un día entero sin decir nada que tuviera un sentido conforme al texto, según el tácito parecer de la Academia.

Yo la admiré desde la primera vez que la oí. Soy un devoto del lenguaje y admiro a los que con palabras sencillas y humildes saben lograr efectos de luz y de color. Como la Palo. Lo único que no sabía ella era llamarle pan al pan y vino al vino, pero ya lo hacen los demás.

Más tarde comprendí que la estaba juzgando mal. Todas sus frases tenían sentido, ¡vaya, sí!, un sentido depurado, recóndito, sutil, ambiguo y turiferario que de cada frase hacía el símbolo, casi mitológico, de una manera de sentir y de ver las cosas.

Al minuto después de conocerla, cuando ya me tenía confianza, me contó la historia de sus últimos amores, los que precedieron a los míos. Me dijo, dice:

—Me levantó la mano estando yo desembragada y me solidifiqué por él, como los tranvías. Pero luego al soplar me las moscas me resultó más opinado que un entremés con suelas de crepé. Y yo que le dije, digo: Oye, tú; anda a que te zurzan el déficit, que lo que es a mí, no me sobresalta este enchufe de tipío, de ojío y de palabrió. ¡A cantar a Cuba! Llevo ya muchos años de pescante para que un tipilis me dedetee los arrabales. ¡Amos y que te dé un aire!

No comprendí nada y me enamoré de ella.

Confieso que le atribuyo, en honor a la literatura, alguna palabra que ella no pudo decir jamás, pero no fue por culpa suya, sino por la de los inventores que se retrasan años. Me refiero al dedetee. Pero ahora la dice, estoy seguro.

Nuestros amores duraron tres meses, entre la plaza de la Cebada, donde ella vivía, y la del Cascorro, donde uno iba, a veces, a comprar por la tarde la pluma estilográfica que le habían quitado por la mañana; pero si demostraba ser el presunto dueño, se la dejaban a buen precio.

En los tres meses le oí repetir, como unas seiscientas veces, una frase que me llegó al alma, lo que no es de extrañar porque yo tenía entonces el alma a flor de piel. Era esta la frase:

¡Cuando amanezca que será de día!

Se la oí repetir, lo menos, en treinta acepciones distintas, todas ellas al margen del diccionario, y creo, no estoy seguro, que en todas las acepciones se podía substituir por esta frase: «Cada cual es cada uno y cada uno llega hasta donde puede o hasta donde quiere».

Reconozco, para no dejar sentada una doctrina, que todas las veces que intenté colocar la frase consabida en presencia de la Palo, me equivoqué siempre, la apliqué mal y ella se rió de mí.

Creo que esta incompetencia de mi parte contribuyó a desilusionarla y a torcer su corazón hacia mi rival, que la supo saludar, antes de conocerla de trato y en presencia mía, con estas palabras históricas: «¡Que usted lo pase bien y arremeta sin miedo al qué dirán, que si un día se le cae la cara de vergüenza, aquí hay un hombre para recogerla!».

Un poco largo, pero hizo su efecto. Creo que cuando el rival empezó a hablar, la Palo aún me quería, pero al final del saludo su corazón había cambiado de rumbo.

Me gustaría conocer la opinión de la Palo. Sólo ella es capaz de saber si a este libro le conviene o no el título que lleva.

Pero ella, entonces, estaba ya en los veinticinco que me confesó más los reglamentarios que toda mujer esconde, hasta en el registro civil. Ahora debe frisar en los cincuenta, edad en que las mujeres castizas, y las que no lo son, empiezan a perder los encantos de su primera juventud.

De manera que a recordarla como era entonces y a dejarla en paz.

LA SEÑORITA DE LA VITRINA

«Al genio, después de revelarse, le sucede lo mismo que a la placa fotográfica: o se fija con algún hiposulfito o su imagen desaparece».

LA SEÑORITA LUCÍA TIENE VEINTIDÓS AÑOS y sólo se diferencia de las señoritas de veintidós años que no se llaman Lucía en que se llama Lucía.

Además de llamarse Lucía vive en una casa; esta casa está dotada, entre otras instalaciones, de una portera llamada la señora Engracia y el esposo de esta portera trabaja en el «metro» desde hace seis meses. No todo el mundo trabaja en el metro desde hace seis meses y el marido de la señora Engracia está muy contento de su suerte. Es mucha la gente que desea trabajar en el «metro» y es muy poca la que lo logra. Los directores de la compañía se esfuerzan en oponer una resistencia cerrada a los pretendientes. De no hacerlo así, el noventa por ciento de los habitantes de la ciudad trabajaría en el metro y con el diez por ciento restante no bastaría para llenar los coches de viajeros. Pero el marido de la señora Engracia ha logrado trabajar en el metro, porque conoce a un señor. Conocer a un señor siempre da buen resultado.

El marido de la señora Engracia no ha tenido ningún inconveniente en hablar con el señor que conoce para recomendarle la señorita Lucía. Por otro cualquiera no lo habría hecho, porque las influencias no se han de gastar, y si él atendiera a todos los que le ruegan que hable de ellos al señor que conoce, ni él ni el señor podrían hacer otra cosa

en todo el día que estar hablando mutuamente. Pero la señorita Lucía es la señorita Lucía.

El señor conocido del marido de la portera se ha interesado por la señorita Lucía sin conocerla, la ha hecho pasar delante de un centenar de aspirantes que habían tenido la mala suerte de presentarse personalmente y ahora la señorita Lucía también trabaja en el metro. Lleva una bata gris y, en la solapa de la bata, una M colorada.

El trabajo de la señorita Lucía consiste en pasar ocho horas todos los días metida en una vitrina. Pero no metida del todo; eso no. Si estuviera metida del todo no podría trabajar. La vitrina tiene una ventanita y la señorita Lucía saca las dos manos por la ventanita. Los pasajeros pasan uno a uno por delante de la ventanita, ofrecen un pedacito de cartulina blanca a la señorita Lucía. Ella retiene un instante la cartulina entre sus dedos y, con una habilidad extraordinaria, aprovecha este momento para taladrar la cartulina, valiéndose de un pequeño instrumento que sostiene en la mano derecha, y que parece un taladro. Y es, en efecto, un taladro. La señorita Lucía devuelve el pedacito de cartón al pasajero, pero, aunque sea el mismo pedacito de cartón, ya no tiene exactamente el mismo significado. Le falta algo, una pequeña porción de su materia esencial. Y este algo que le falta es algo que la señorita Lucía le ha añadido: un agujero. El trabajo de la señorita Lucía consiste, pues, en taladrar los billetes de los pasajeros, uno después de otro, seguido, seguido, durante ocho horas.

La señorita Lucía está muy contenta de su trabajo. No ha de resolver ningún problema. No ha de pronunciar ninguna palabra. Ella, dentro de su bata gris, no está, en realidad, al servicio de la Compañía y puede pensar lo que quiera y hasta hacer lo que quiera mientras sus manos, por fuera de la bata gris, vayan taladrando los billetes. Los pies le quedan libres para dedicarlos a otro trabajo cualquiera, aunque ella no los aprovecha y se limita a practicar con ellos ejercicios puramente deportivos los días de frío. La ca-

beza también le queda libre para dedicarla a otro trabajo cualquiera, pero ella tampoco la aprovecha porque es una empleada consciente y prefiere dedicar toda su atención a la labor de sus manos.

El primer día se aburrió. El segundo día no se aburrió tanto. Y así, en progresión, ha alcanzado la felicidad actual. Ahora no se aburre la señorita Lucía. Ha descubierto en su trabajo fuentes insospechadas de entretenimiento. Lleva la cuenta de los billetes que taladra durante el día y este ejercicio la entretiene, la divierte y desarrolla sus facultades estadísticas que le podrán valer más tarde un puesto elevado en la compañía.

El día que empezó a llevar la cuenta taladró 1944 billetes. 1944 es, para empezar, una cifra respetable. Se esforzó, a última hora, para añadir una unidad más, ella se siente inclinada a los números impares, pero no lo logró y se quedó en el cuatro. Al término de la jornada nadie le pidió cuentas de su trabajo y, sin embargo, ella estaba perfectamente preparada y habría podido decir: «He taladrado 1944 billetes». No pudo decirlo a sus superiores jerárquicos, pero, por la noche, al llegar a su casa, en el seno de la familia, exclamó:

—¡Mil novecientos cuarenta y cuatro! —Lo dijo así, en letras, para causar más sensación, y añadió—: ¿Qué os parece?

A ninguno de los que componían el seno de la familia le pareció nada, pero todos admiraron la cifra. 1944 es, en realidad, una cifra admirable.

Al día siguiente, el segundo de su trabajo, la señorita Lucía taladró 2240 y al otro día, el tercero, 2263. Hace falta un exceso de mala voluntad para no reconocer los progresos rápidos de la señorita Lucía. 2263 es una cifra mucho más importante que 1944 y ella la alcanzó en dos días.

Quedó contenta de sí misma. Se dio cuenta de sus progresos. Al terminar su trabajo, sin espíritu de malicia y por puro afán de control, preguntó a la señorita Virginia:

—¿Cuántos ha taladrado usted?

La señorita Virginia no pudo contestar porque no llevaba la cuenta. Es un espíritu ligero. Hace lo justo para cumplir con su deber.

La señorita Lucía le dijo triunfante:

—Pues yo, ¡2263!

Al llegar a su casa, por la noche, la señorita Lucía ofreció con orgullo la cifra a la admiración de sus familiares:

—Hoy, ¡2263!

—¡Atiza! —contestó el hermanito pequeño. Los demás no se inmutaron y la señorita Lucía se vio obligada a reconocer que su hermanito pequeño es el ser más inteligente de su familia.

Después del tercero han seguido muchos días tristes: 1972, 2101, 1830, 2020 y un día horrible y descorazonante: 712. El día 712, la señorita Lucía ha salido avergonzada de su vitrina, se ha escurrido entre las demás empleadas sin atreverse a levantar los ojos y, al llegar a su casa se ha arrojado llorando en brazos de la portera y, entre dos hipos, le ha susurrado al oído:

—¡Setecientos doce!

La señora Engracia tiene un corazón sensible y ha sabido hacerse cargo del dolor de la señorita Lucía.

—¡Pobre hija mía! —ha suspirado—. No te dejes acobardar. ¡Setecientos doce! Estoy segura de que ras compañeras te están segando la hierba bajo los pies. El mundo está lleno de envidiosos. ¡Una plaga! Cuando yo tenía veinte años, como tú ahora... —La señora Engracia estaba dispuesta a inventar acontecimientos extraordinarios durante dos horas, para mitigar con ejemplos sacados de la realidad de la vida, el dolor de la señorita Lucía, pero ésta la ha dejado con las palabras en la boca y ha corrido a esconder su vergüenza en el seno de su familia que es donde mejor se esconden todas las vergüenzas.

Ha pasado el tiempo y la señorita Lucía se ha resarcido de la escasez de rendimiento de aquellos días tristes. Ha lo-